

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Bellas Artes*, por D. F. de P. Madrazo.—*Dos Estrellas*, por D.^a Angela Grassi.—*A Eulalia* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*Amor y coquetismo* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 840.—*Grabado de Labores*, núm. 59.

REVISTA DE BELLAS ARTES.



Nuestro juicio. O hemos dicho hasta ahora nada á las amables lectoras de EL CORREO DE LA MODA sobre la Exposicion Nacional de Bellas Artes, que hace dias está abierta en el edificio que el capitalista Sr. Índo ha levantado como por encanto en el Paseo del Cisne, edificio de aspecto raro y poco elegante por fuera, pero sumamente cómodo y espacioso por dentro, y con todas las condiciones de luz y anchura que reclama su objeto. Tentados estábamos á pasar por alto el juicio que nos merecia la Exposicion actual, temerosos de nuestra incompetencia; pero en el deber grato siempre de satisfacer la curiosidad de las bellas abonadas, nos resolvimos á visitar la Exposicion y á examinarla, siquiera fuese ligeramente, para emitir sobre ella nuestro juicio.

Elejimos para nuestra visita uno de esos dias en que, para penetrar en el vasto edificio es indispensable abonar antes la modesta cantidad de cuatro reales; uno de esos dias en que se encuentra allí á toda nuestra sociedad elegante, y en que, libres de la confusion de las turbas, se puede andar por todos los salones con mas libertad y desembarazo. Tropezamos al entrar con dos damas desconocidas para nosotros, tan elegantes como bellas, la mayor de las cuales aun no habria cumplido los treinta años. Nuestra buena estrella nos deparó este encuentro, y casi maquinalmente y sin explicarnos por qué, como subyugados por el atractivo de las dos amigas, seguimos á su lado durante toda la visita, lo que nos dió motivo para admirar su buen gusto, su discrecion y su talento.

—¡Qué hermosas salas! ¡cuántos cuadros! ¡qué chasco! Yo que formando mi juicio de la Exposicion por lo que dicen algunos críticos, creia de buena fé que la presente

revelaba el rápido descenso de nuestro nivel intelectual en materia de Bellas Artes.

—Julia, replicó la otra; esos críticos tendrán razon cuando lo dicen, porque naturalmente escritores de importancia deben saber mas que nosotras, y no se aventuran á decir lo que no sienten. Pero, hija, yo respetando su opinion, tengo la mia, y mi opinion formada por la impresion que me causa la vista de estas primeras salas, es ya favorable á la Exposicion.

—Pero, ¿no adviertes una cosa, Matilde? Que ha desaparecido casi un género que era para nosotras el mas bello. ¿No adviertes qué escaso es el número de retratos que hay en esta Exposicion?

—Esa escasez, querida mia, demuestra que no es verdad lo de la decadencia del arte de la pintura; hace pocos años, era yo todavía niña, y recuerdo que todos los criticos se lamentaban de que nuestros pintores no hicieran mas que retratos, de que no pintáran cuadros de historia, únicos en que campea el génio y en que podian ostentar sus privilegiadas disposiciones.

Sin embargo, tienes razon que te sobra, en lamentarte de la falta de retratos, y sobre todo de retratos de nuestras damas del gran mundo; bien se conoce que la fotografia satisface hoy esta necesidad, tan cara en otros tiempos. ¿Te acuerdas de aquellos divinos retratos de Federico Madrazo, del poeta-pintor, que conservando la semejanza admirable del rostro, lo embellecia y lo idealizaba? ¿Te acuerdas de aquellas sedas, de aquellos rasos, de aquellos encajes, que no se hacen mejor en las fábricas de Lyon y de Bruselas? ¿Dónde está hoy el pintor que reemplaza á Madrazo? ¿Dónde el pintor de las hermosas y de las que quieren parecerlo? En ninguna parte; yo al menos no le veo. ¿Y hay todavía críticos que se atreven á decir que nuestros pintores se acogen



á los trajes y al maniquí buscando aplausos en la buena ejecución de las sedas y de los terciopelos? ¿Dónde están esos terciopelos y esas sedas?

—Aludirá á estos dos retratos de Palmaroli, retratos de cuerpo entero, el uno de la augusta Infanta D.^a Isabel, y el otro de nuestra amiga la señorita de Castilla, ambos bien pintados, muy parecidos, y con riqueza de sedas, encajes y detalles.

—Pero hija, tú vas muy despacio. Contentita me tienen á mí esos críticos con haber escitado á los pintores á que se ocupen del desnudo y de las bellas formas, ya en temas religiosos, ya paganos, y sin embargo, lo olvido todo, y al grano, al grano.

—Pues grano, y no de anís por cierto, es ese cuadro del pintor catalán Sr. Mercadé, á quien ha concedido el Jurado una de las primeras medallas de historia.

—He oído á todo el mundo que es el primer cuadro de la Exposición. ¿No lo ves? Representa la traslación de San Francisco de Asís en el momento en que el cadáver del Santo es introducido en la iglesia de San Damian. Mira en el centro del cuadro, y un poco á la izquierda, el cuerpo del Santo estendido sobre una humilde parihuela; mira esos dos frailes que están á los pies del féretro de rodillas.

—Crearás que rezan, pero lo que hacen es extasiarse en la contemplación de los inmortales restos del ilustre Santo. Y ¿qué me dices de las figuras de las religiosas, que aparecen detrás, poseídas de admiración y ternura? ¿Qué te parece la Santa virgen Clara, besando la mano del santo cadáver con llanto en los ojos? ¿Qué buen efecto hacen esos monaguillos y acólitos que se ven en segundo término, y que suben por una escalera que va á los claustros con estandartes y pendones y con hachas encendidas! ¿Y la procesión que preside el Obispo, y de la cual se vé solo una parte? ¿Y la cara de ese niño, de ese pequeño acólito que con la distracción propia de su edad, sin contemplar la escena, participa de su melancolía? Este cuadro es excelente; tiene bien ganada la primera medalla el Sr. Marcadé.

—Mira, Matilde, veamos ahora el cuadro de Alejo Vera, que representa el casamiento de Santa Cecilia y San Valeriano.

—¡Bonito cuadro! ha merecido también primera medalla. Las figuras de los dos Santos en actitud contemplativa y los brazos abiertos, y la del ángel que está en medio de ellos con las alas estendidas y acercando á las cabezas de los futuros mártires las coronas de rosas, se distinguen por lo puro y castigado de su estilo. Algun crítico ha motejado mucho este lienzo, creyéndolo muy inferior al *del entierro de San Lorenzo*, que expuso el mismo autor el año 1862, pero el Jurado ha sido de otra opinión, y yo estoy con el Jurado. Fijémonos ahora en el celebradísimo cuadro del Sr. Palmaroli, que figura *Un sermón en la capilla Sixtina*. Este lienzo, ¿no te cautiva por la belleza y la suavidad de sus tintas? ¿Qué me dices de las figuras de esos Cardena-

les, sentados á uno y otro lado del predicador, figuras todas llenas de movimiento y de vida? A tí que tienes tan buen gusto, ¿no te encanta la hábil combinación del color encarnado de las púrpuras cardenalcias con los hábitos negros de los demás Cardenales, y el color verde de la alfombra? Advierte otra cosa. Este cuadro y el de Mercadé son los mas buscados en la Exposición. Este afán del público por contemplarlos, revela la justicia del Jurado al conceder á Palmaroli la primera medalla del género histórico.

—Y Gisbert y Casado ¿no han expuesto este año?

—Sí; ven conmigo á la sala próxima; ¿ves ese cuadro inmenso y colosal? pues ese es de Gisbert; representa la entrevista de Francisco I y su prometida esposa D.^a Leonor de Austria. Un beso; el beso nupcial, es el asunto de este cuadro, y aunque me parece trivial el asunto, todos convienen en que se distingue este lienzo (como todos los de su autor) por la corrección del dibujo y la belleza del colorido. Yo esperaba, sin embargo, algo mas del autor del cuadro de *Los Comuneros*; quizá también esperaba mas el Jurado; pero teniendo sin duda en cuenta su bien ganada gloria, le ha dado una consideración de primera medalla. Lo mismo ha hecho respecto á los Sres. Casado, Puebla, Hernandez, Gonzalvo y Cano; todos estos artistas, en la opinión del Jurado, se han mantenido á la altura de su reputación, y no han desmerecido en sus obras de este año de las que presentaron en Exposiciones anteriores.

—Pero, hija, se va haciendo tarde, y tenemos que dar un paseo en nuestra carretela por la Fuente Castellana.

—Pues entonces, Julia, nos limitaremos á dar un vistazo á las demás salas, y pasaremos por alto infinidad de lienzos; no me pesa por lo que hace á aquel grande de Ferran, que tiene por asunto la *apoteosis de Cervantes*; podrá ser buena su composición, pero su colorido me hiere la vista y me hace mal; tampoco nos fijaremos en ese cuadro de Fierros, que representa el momento en que D. Enrique III de Castilla, conocido por *El Doliente*, arengó á los señores y ricos-homes. Dice un crítico (y tiene razón) que este señor Fierros se ha entrado *furtibus et armis* en terreno que le estaba vedado, y creo que tiene razón, porque el Fierros de hoy dista mucho del autor de las escenas características de Asturias y Galicia, cuadros bellísimos, llenos de vida y de poética realidad; pero de prisa y todo dirige una mirada á ese cuadro de Valles que representa *Doña Juana la Loca*, y á ese otro de Ferran que figura el ataque de unos piratas á Cádiz; los dos han merecido la segunda medalla de historia. También quiero ver el cuadro de Agrasot, en el cual hay una niña con una cabrita, que constituye un grupo de primer orden. A este le ha concedido el Jurado la segunda medalla de género.

—¿Qué pocos cuadros hay de paisaje! ¿qué ha hecho Haes?

—Haes está hoy retraído, y como su fama es ya Europea, no se cree sin duda en la necesidad de exhibir sus

obras; esas obras que han sido siempre el encanto y la admiración de los amantes de lo bello. Hay, sin embargo, allí dos países muy lindos de los Sres. Rico y Muñoz, que han merecido la segunda medalla. Siento que vayamos tan de prisa, y que la luz y el tiempo nos falten; porque debíamos pararnos un rato ante ese precioso cuadro del jóven Díaz Carreño, que representa á la hermosa *Francesca de Rimini*, conversando amorosamente con Paolo. La composición me parece perfectamente comprendida. Francesca y su amante leen á Galeoto, y el segundo la dá el beso fatal que costó á ambos la vida; pues Malatesta espada en mano se precipita sobre la esposa infiel y el hermano culpable. El jóven Díaz Carreño ha adelantado mucho en Roma. En este adelanto convienen todos, y sin embargo le han dado una tercera medalla de historia. ¿Estará contento con este premio?

—Se me figura que nó, porque si sus cuadros de este año valen mas que los de la última Exposición, no se comprende que obtengan la misma calificación y la misma recompensa.

—Matilde; mira que van á cerrar ya.

—Pues cierren ó no, no puedo pasar por alto estos dos cuadritos de Joaquín Herrero. Le sirven de asunto las Comendadoras de Santiago. El uno representa el momento en que las monjas al entrar en el coro toman el agua bendita, y el otro una escena llena de verdad y de gracia. El chocolate que un Padre grave de la Orden de Mercenarios toma en la celda de la Abadesa; la figura entre respetuosa y socarrona del fraile mojando la sopa, y las de la Abadesa y otra religiosa (muy bellas las dos) contemplándole con cierta sonrisa, son figuras que fascinan por su verdad y por su intención.

¿Y la sala de escultura? ¿y las de grabado y arquitectura? ¿nos vamos sin verlas?

—Hija, no hay tiempo ya, volveremos otro día.

Y yo, que habia seguido á las dos inteligentes damas, lápiz en mano copiando taquigráficamente sus impresiones en un papel, las traslado hoy con gusto á las columnas de *EL CORREO DE LA MODA*, para satisfacción y entretenimiento de sus bellas lectoras.

F. DE P. MADRAZO.

INSTRUCCION.

DOS ESTRELLAS.

¡Bellas creaciones de la Grecia, venid á mi socorro, para demostrar á mi dulce y contristada Elvira lo que son los celos! ¡Los celos! pasión insensata, monte de espuma que disipa el viento, fantástico edificio formado por las nieves, que se derrite al primer rayo del astro esplendoroso, engañosa visión que la bruma finje á los ojos de los navegantes, un vapor, una sombra, nada!...

¡Pasión bastarda, pasión ruin, que se disfraza con nobles atavíos, y no es mas que un monstruoso enjendro, un conjunto miserable de envidia, vanidad y desconfianza; pasión necia, hija de la fantasía, que no toma su origen de ningún hecho real, que se alimenta de quimeras, y que sin embargo dá por resultado lágrimas y desdichas positivas!

No acaricies ese áspid ponzoñoso, Elvira, no le des abrigo en tu seno, ahógallo apenas nazca, arrójalo con menosprecio sobre el polvo del camino, y aplástalo sin piedad bajo tus plantas! ¡Las almas nobles y leales solo admiten la traición cuando pueden tocarla con sus manos!

En los hermosos campos de la Grecia vivían en otro tiempo dos esposos, dos amantes. El amor los habia formado de consuno, para que sus almas se confundieran en un alma sola. Ambos eran bellos, y para ambos tenían Driades y Napeas, Faunos y Silvanos, suspiros de amor y cantos de ternura; pero ellos no oían estos suspiros, no prestaban atención á estos cantares, porque su mútua voz era lo único que se complacían en escuchar sobre la tierra.

Él se llamaba Céfalos, y era hijo de Mercurio y Erse; ella se llamaba Pocris.

Si alguna cosa podía arrancar á Céfalos de los brazos de su esposa, eran sus hermosos lebreles, que le acompañaban á la caza; era el placer de luchar con las sangrientas fieras en los bosques del Pindo ó del Parnaso.

Un día, mucho antes que el sol subiese en su dorado carro y recorriese el ámbito del cielo, Céfalos cojió su arco y sus flechas, y salió de su Palacio, verdadero palacio mágico, formado y embellecido por los géneos de la Grecia, que se elevaba sobre un grupo de floridos peñascos, y se espejaba en el río Aqueléo, de ondas siempre apacibles y sonoras.

Salió de su palacio, y el sol recorrió todos los signos del Zodiaco, sin que la infeliz esposa volviese á ver al bien querido de su alma.

En vano interrogaba á los ecos y á las auras, en vano pedía compasión á las aves y á las flores, seres que aman y son sensibles á los ayes de un amor sin esperanza; ecos y flores, aves y fuentes solo contestaban á sus quejas con murmullos y gemidos.

Una tarde, al sepultarse el sol en las ondas espumosas de los mares, un pajarillo vino á posarse sobre un árbol del jardín de Pocris, y entonó tales melodías, dejó oír tales gorjeos, que la desdichada abandonó su estancia cubierta de negros paños, para ir á sentarse debajo del árbol en donde resonaba aquel mágico concierto.

Lo escuchó largo rato en silencio, y sus mejillas empe-

zaron á colorearse, y su corazón empezó á latir con violencia inusitada.

Aquel canto misterioso era una revelación, lo adivinaba, lo sabía, y sin embargo, no podía rasgar el tupido velo que envolvía su pensamiento.

—Ascanio, buen Ascanio, gritó, llamando al mas viejo de todos sus servidores; tú, que adivinas lo pasado y lo futuro; tú, para quien no tiene arcanos la naturaleza, dime qué significa el canto de este pájaro.

Ascanio escuchó, reflexionó.

—¡Una gran nueva! exclamó con alegría. Mañana, repuso, antes que entre el cielo y el mar aparezca una línea blanquecina que divida en dos la tierra y el firmamento, vé á sentarte á orillas del Aqueló y espera.

Todavía se lamentaban en las viejas torres y en los profundos antros las aves amigas de la noche, cuando ya Pocris, fijos los ojos en el Oriente, palpitante de amor y de esperanza, buscaba aquella blanca línea que debía ser mensajera de su dicha.

Por fin, el céfiro empezó á agitar blandamente las ramas, como para despertar á la naturaleza que dormía; empezó á rizar las ondas del río, arrancándole blancos copos de espuma para dejarlos caer en menudo aljofar sobre las perezosas flores... Después apareció en el cielo la bienhechora línea blanca, que se fué ensanchando y embelleciendo con todos los matices del arco iris, y de aquel foco de luz brotó la esplendente Aurora, llevando en la mano izquierda una antorcha, para encender las nubes de plata, y trocarlas en nubes de ópalo y amaranto, y esparciendo con la derecha una lluvia de rosas, que después de perfumar el ambiente, caían alfombrando el musgo de los prados.

La inmortal visión se envolvió en una nube de oro, y descendió lentamente junto á Pocris, confusa y arrodillada.

Entonces, del centro de la nube, salió una voz de maravillosa dulzura, que dijo estas palabras:

—¡Yo soy la Aurora, Pocris! Amé á Céfalos y le arrebaté de tus brazos... Júpiter protegió mi rapto, con tal de que consiguiese hacerme amar en el término de un año. ¡Vana ilusión, inútil esperanza!... Ha vivido cautivo en mis risueños palacios de oro y grana; las fugaces horas le han rodeado de halagos, ofreciéndose á escanciarle el néctar de la ambrosía inmortal en copas de perlas y diamantes... ¡No ha querido, no quiere!... ¡Quiere volver á tí!... Cumplo la sentencia de Júpiter, me resigno, y te lo devuelvo, Pocris...

Calló la voz, disipóse la nube, y Pocris que había caído en el suelo desmayada, volvió en sí al contacto del corazón de su esposo, que latía junto al suyo. ¿Es posible acaso expresar con palabras los trasportes de su amor, la embriaguez de su ventura?

Céfalos y Pocris volvían á encontrarse dignos el uno del otro, y su dicha causó envidia hasta á los inmortales, que tienen en el Olimpo su trono esplendoroso.

¿Podía la Aurora contemplarla impassible, ella que había sido desdeñada, escarnecida, y no meditar proyectos de venganza?

Una noche, mientras ambos esposos se estasiaban con las dulces protestas de su amor, un viejo mendigo se pre-

sentó á las puertas del palacio, y quiso ver á Pocris.

—Vengo del fondo de la Tesalia, la dijo, y voy á los montes Helénicos, á la región perpétua de las nieves. Solo poseo este lebre y este arco de certeras flechas; ¿quieres tú comprarlos?

Pocris le dió por ambos objetos su collar de perlas, y corrió ufana á regalárselos á Céfalos.

Era tan inteligente el perro, eran los dardos tan ciertos, que Céfalos sintió renacer su antiguo ardor por la caza.

Primero se ausentó por una hora, luego por dos, y en breve empezó á partir por la mañana y á no volver hasta la noche.

Pocris tuvo celos, celos horribles, insensatos celos. No pensó que Céfalos había resistido durante un año á los halagos de la Aurora, que no había querido embriagarse con la ambrosía divina, prefiriendo su destierro terrestre á ser inmortal entre los dioses. ¡No pensó en nada de esto la infeliz! ¡Solo vió delante de sus ojos los negros fantasmas de la traición, y lejos de combatirlos, los llamó con sus quejas, los acarició con amargo y tristísimo embeleso.

Una mañana, sola, desatentada, loca, salió del palacio, recorrió los bosques... Cerca ya del medio día oyó los cercanos ladridos del lebre, y se ocultó entre la espesura: ¡quería ver sin ser vista!

Murmuraba allí una fuentequilla. Céfalos llegó rendido de fatiga y de calor, se reclinó sobre el florido césped, é invocando á la brisa para que refrescase su abrasadora frente, exclamó con dulce tono:

—¡Ven, aura ansiada, ven!...

¿Qué es lo que sintió la triste esposa, cuando oyó pronunciar este nombre que podía aplicarse á su rival? Fuera de sí, deshecha en llanto, quiso abalanzarse hácia el ingrato para reprocharle su perfidia; pero Céfalos al ver que el ramaje se agitaba con violencia, creyó que iba á ser sorprendido por una fiera, disparó el dardo que tenía en la mano, y el dardo, demasiado fiel ejecutor de la venganza de la Diosa, se clavó en el seno de Pocris, y no salió de allí mas que para abrir paso á su vida.

Céfalos no quiso sobrevivir al ídolo de su alma, disparó otro dardo contra su propio seno, y ambos murieron abrazados, sirviéndoles de tálamo postrero el musgo ensangrentado.

Compadecido de su desventura, Júpiter los trasformó en estrellas, y desde entonces giran alrededor del planeta de su nombre, enviando á la tierra su brillo esplendoroso.

¡Elvira, cuando sientas el corazón lleno de celos, cuando invadan tu mente las quimeras de sospechas injustas y engañosas, levanta los ojos al cielo, busca las estrellas de Céfalos y de Pocris, y acuérdate de que una ilusión mentida, una palabra vaga, trocó su felicidad en eterna desventura!

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

A EULALIA.

Hoy que mi afán te promete
Flores de escasos primores,
Quiero que me des tus flores
Para hacer mi ramillete.

Las flores que traigo aquí
Nada valen por ser mías,
Y quiero darte en tus días
Un ramo digno de tí.

No para mi auxilio aclamó
A la virgen primavera;
Siendo tú la jardinera
Saldrá delicioso el ramo.

Y no á lejana region
Volemos ni á otro confin;
No te hace falta jardín,
Estamos en tu salón.

Sí, mi afán te lo promete,
Aplaude mi buen deseo;
Con que demos un paseo
Y haremos el ramillete.

Busquemos de la de Andilla
El rostro arrebatador,
Y tendremos una flor,
La flor de la maravilla.

Una rosa y un clavel,
Qué dos flores tan galanas!
Estas deben ser hermanas;
Busca á las niñas de Güél.

Desmayas!!—yo no desmayo
En tan pintoresca liza;
Allí están las de Ziriza,
Que son dos rosas de Mayo.

Buscas entre las que van
La Reina de este vergel;
Ahí está la de Burriel
Que es orgullo de San Juan.

Eulalia, siga el paseo,
Y harán feliz la tarea
Las niñas de Bengohechea
Con la esposa de Micheo.

De tus salones el aura
Que vuela en dulce murmullo,
Nos descubre otro capullo,
El rostro de Julia Saura.

Del ramo en la bella forma
Aumentarán los primores,
Esas peregrinas flores
Del jardín de la *Reforma*.

Si una perla has de coger,
No te afanes por cogerla;
Busca en su concha á la perla,
Búscala en Conchita Imber.

Si en sus hojas de esmeralda
Quieres cerrar la aureola,
Cármén Planel es la sola
Para cerrar la guirnalda.

Las de Sanjurjo también
Unidas en dulce lazo,
Brillan con la de Madrazo
En las flores de tu Edén.

Guirnalda tan peregrina
Revivirá sin enojos
Con la aurora de unos ojos,
De los ojos de Agustina.

Qué hermoso el ramo fulgura!
Cuán rico y lozano és!
Bien pudiera la Sinués
Cantar su fresca hermosura.

Será el ramo desde ahora
Rival de la primavera,
Con tan linda jardinera
Y con tan digna cantora.

Hoy mi afán te lo promete
En ardiente frenesí,
Eulalia bella, éste sí
Que es un bello ramillete.

Acéptalo, en conclusion,
Guarda sus ricos primores,
Ya que son todas sus flores
Del jardín de tu salón.

A. F. GRILO.

AMOR Y COQUETISMO.

(CONTINUACION.)

La noche no podía ser mas deliciosa, la luna brillaba en todo su lleno, negros picos cerraban el horizonte, en frente veía el pueblo de Lerín y las ruinas de su famoso castillo; en medio descubríase una vega sembrada de olivos y

frutales, que se destacaban en preciosos grupos. El Ega corría por el valle, y sus murmullos llegaban distintamente á mis oídos, el viento me traía los perfumes de las violetas y jacintos silvestres. Todo era calma, silencio, frescura; todo era paz en torno mio, y sin embargo, el riesgo me cercaba.

Mi sueño era intranquilo, á cada momento me despertaba con sobresalto, y mis ojos exploraban las sombras que sucedieron á la luz de la luna, porque, ya cerca de amanecer, el cielo se había nublado. Creí percibir á lo lejos un murmullo de voces varoniles; algunas luces oscilaron á bastante distancia.

Perico se había despertado como yo, y fué á indagar lo que pasaba. No tardó en volver todo azorado diciendo:

—Señora, los facciosos vienen por el camino de Estella. Dentro de poco los tendremos aquí. ¿Qué hacemos?

—Escapar á toda prisa, dije yo con poco acierto, pues mejor hubiéramos hecho en estarnos allí quietos... Perico enganchó la mula y partimos á trote largo. Aquel mozo era valiente, pero temblaba por causa mia.

El ventero era carlista, parecía sospechosa, quizá porque le pagué la cuenta sin regatear. Sin duda me tuvo por espía, y dió parte á los facciosos en cuanto llegaron á la venta.

La calesa parecía que volaba, y mil veces estuvimos á punto de volcar, pues el camino era malo y estaba lleno de baches; de improviso llegaron á mis oídos muchas voces que gritaban:—Pára, calesero, pára.

Perico, en vez de parar, arreó tres ó cuatro latigazos á la mula; tres ó cuatro tiros partieron á la vez, y las balas silbaron por encima de mi cabeza... Una fué á hundirse en el cráneo de mi pobre calesero, que lanzó un ¡ay! de muerte, la mula cayó en tierra, y yo, sin saber cómo, me hallé de pié sobre la carretera.

—Entonces, exclamó el Conde interrumpiendo á la bella narradora, ¿hicisteis valerosamente fuego á los facciosos?

—¡Yo hacer fuego! exclamó la viuda estremeciéndose. No lo creais; lo que hice fué temblar de piés á cabeza y prorumpir en llanto.

—¡Bah! pensó el Conde (á juzgar por una de sus muecas), eso cualquiera mujer lo haría...

Su primo, al contrario, hizo un gesto de satisfaccion, y pareció interesarse doblemente por la narradora.

—Ésta continuó diciendo: En un instante me ví rodeada de soldados mal vestidos y peor encarados todavía. El sargento que los mandaba se acercó á interrogarme. Tan aturrida estaba, que ni comprendí sus preguntas, ni calculé las respuestas; solo recuerdo que les dije: Yo soy francesa, me dirijo á mi país, y nada tengo que ver con los carlistas ni con los cristinos.

Mientras esto decía, los soldados descerrajaban mi baul y esparcían por el suelo mis ropas y demás efectos, enterábanse del contenido de mis cartas familiares y papeles que solo tenían interés para mí. De cuando en cuando prorumpían en maldiciones á los negros, y me miraban de un modo que nada bueno me pronosticaba. Conocí que me hallaba enteramente á discrecion de aquellos beduinos.

Leopoldo fijó en la narradora una mirada llena de ansiedad, y ella continuó diciendo:

—Aquellos hombres al cabo eran españoles, y por lo tanto, valientes; no son estos los que ultrajan villanamente á una mujer, pero si los guía la pasión ó el fanatismo, son muy capaces de asesinarla.

Condujéronme á un rellano, donde se hallaban reunidos varios oficiales, dos paisanos y un capuchino. El sargento estuvo conferenciando con ellos, entrególes un paquete de cartas mías, leyeron algunas, y les ví gesticular con vehemencia y dirigirme miradas oblicuas y feroces, luego hablaron en voz baja, y no entendí lo que decían.

Lo que menos podía imaginar era que se trataba de mi sentencia. Lo que yo temía era que me dejaran sola con el ensangrentado cadáver de Perico, que se hallaba tendido al pié de la calesa y á corta distancia del sitio adonde me habían llevado para ser juzgada verbalmente.

El grupo de los oficiales se deshizo; algunos se acercaron á mirarme con una espresion de mal agüero. Uno, que por los tres galones de la manga parecía coronel, tomó la palabra, y con gran sorpresa mia, dijo: «Señora doña Beatriz de Mendoza, estais acusada y convicta del crimen de traicion y espionaje contra la majestad de nuestro Rey D. Carlos V. Encomendáos á Dios. El consejo de guerra os ha sentenciado á ser pasada por las armas.»

—¿Qué oigo? ¡Dios mio! ¿Será posible? dije yo levantando las manos al cielo; y despues, juntándolas con ademán suplicante, añadí:—No, no es posible que unos valientes asesinen á una pobre mujer que ningun daño ha podido hacerles. ¡Perdon, señores, perdon! os lo pido de rodillas; y al decir esto me arrastraba por el suelo á los piés de mis verdugos.

Yo bien sé que un hombre hubiera tenido á menos la súplica; pero yo era mujer, y bien podía rogarles sin vergüenza que me dejaran vivir: ¡la vida es muy amable cuando se tienen diez y siete años! Yo á toda costa queria librarme de la muerte, á todo hubiera accedido, y las condiciones mas duras me hubieran parecido aceptables, por todo hubiera pasado... menos por la deshonra...

Leopoldo respiró, como si le hubieran quitado algun peso que tuviera encima del corazón.

El religioso, continuó diciendo la francesa, se acercó á mí diciendo:—Hija, pide á Dios el perdon que te niegan los hombres. Piensa en la salvacion de tu alma.

Yo no podía pensar en otra cosa que no fuera en el peligro inmediato de morir; la vista de los fusiles que los soldados habian puesto en pabellon me causaba unos estremecimientos horribles, parecíame que por cada boca iban á salir por sí solas encendidas balas, y ya las oía silbar junto á mis oídos que zumbaban horriblemente.—Padre, repetía sollozando, salvadme por amor de Dios, mirad que soy inocente; no quiero morir tan joven; no quiero, repetía como una insensata, la vida es muy preciosa!

—Mas preciosa es la muerte de los justos, replicó el fraile con voz temblorosa. Miréle y ví que su rostro venerable, y á la sazón compunjado, se hallaba cubierto de lágrimas. Asíme á sus hábitos con la fuerza que un náufrago se ase á la tabla en quien cifra su postrer esperanza de salvacion.

Los soldados cogieron nuevamente los fusiles; el ruido que hicieron me obligó á volver la cabeza, y ví que se disponían á apuntarme, y el terror me privó de conocimiento.

Cuando le recobré me hallé tendida en el borde del camino, con la cabeza reclinada sobre los almohadones del casín, y el cuerpo dolorido y pesado; creí estar herida mortalmente, y casi no me atreví á moverme; abrí los ojos, y ví al religioso que rezaba junto á mí; éste acercó á mis labios un frasco, y me obligó á que tragara un sorbo de vino generoso, lo cual no tardó en reanimar un tanto mis fuerzas.

—Gracias á Dios, el susto ha sido mayor que el daño, exclamó el buen religioso, las balas han pasado por encima

de tu cuerpo sin tocarte, y ya no hay miedo de que vuelvan tus jueces á buscarte. Ahora lo que urge es que te pongas en salvo.—¿Adónde quieres ir, hija mía?

—A Francia, padre, respondí besando con transporte la mano del religioso, á cuyos ruegos comprendí que debía la existencia.

—Está bien, repuso el capuchino suspirando; acabaré la obra comenzada, y yo mismo te acompañaré hasta la frontera. Cuando hayas traspasado esos montes, añadió señalando al horizonse, acuérdate de rogar á Dios por Fray Juan de Aguillo.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Cuando en medio de la época tan prosaica y de rebajado espíritu porque atravesamos, época en que las bellas letras se empuñan consagrándose á narrar vulgares asuntos, ó á propalar chistes picantes en forma desaliñada, vemos un autor que echa al mundo un libro ó presenta en la escena una obra seria que revelan trabajo y amor al arte; entonces quisiéramos para ese autor toda clase de premios y recompensas. Así es que si la bondad del resultado no corresponde á lo generoso del esfuerzo; si la composicion es defectuosa, experimentamos un verdadero sentimiento, no sólo por la desdicha de quien pone alta su mira sin poder realizar su deseo, sino porque semejante clase de derrotas dan ocasion á que se arraigue la deplorable creencia de que ha pasado el tiempo de las producciones entonadas y formales.

Tales ideas se nos ocurren al fijar la consideracion en un drama titulado *Doble corona*, estrenado en el coliseo de la ZARZUELA durante la pasada semana.

Esta produccion, que consta de tres actos y en verso, es original del Sr. Retes el cual ha demostrado en ella laudable deseo de dar una muestra del abandonado género del drama histórico.

Las condiciones peculiares del asunto, difíciles por el carácter de alguno de los personajes; la oscuridad de la época á que aquel pertenece, pues es nadaménos que de tiempos de Bermudo el Diácono; la necesidad de una versificación constantemente levantada y poética, y sobre todo lo des acostumbrado que está hoy el público á oír lenguaje elevado en las tablas, por no sentir más que el ramplon *usted* y por no complacerse más que en escenas de la vida ordinaria actual; todas estas circunstancias eran obstáculos casi insuperables para el buen éxito del drama en cuestion, escollos en que corría peligro de naufragar su bien intencionado autor. Por desgracia ha salido casi derrotado en la batalla. No haremos para demostrarlo un análisis de la obra pues sería inútil é imposible: inútil porque esta ha sido retirada de las tablas á las pocas noches de estrenada; imposible porque no habiendo presenciado su representacion mas que una sola vez necesitaríamos tener á la vista el ejemplar, si habíamos de razonar nuestro parecer.

Hablaremos guiados por el recuerdo de la impresion.

Doble corona es, segun antes hemos apuntado, un drama de carácter histórico. Una feroz intriga de sangrienta venganza, sostenida por Jimena cuyo marido habia muerto á manos de D. Fruela; la sed inmoderada de reinar que inflamaba á Alfonso, uno de los baltos que por su sangre podían aspirar al trono; la proteccion dispensada por Bermudo el Diácono, velando primeramente por la seguridad de aquel impetuoso mancebo, y renunciando despues en él la corona; hé aquí los elementos que agrupados y combinados constituyen el argumento.

El Sr. Retes no ha sabido sacar partido completo de tales circunstancias. La exposicion de la obra es enredada y oscura porque apenas se deja entender al espectador el móvil de la conducta que siguen los personajes y el fin á que se encaminan. En el desarrollo de la accion hay puntos injustificados é inverosímiles, siendo además la marcha de la misma un tanto lánguida y desleída. Los caracteres no están mal pintados, pero uno de ellos, el principal tal vez, es antipático y repugnante por su ferocidad. Nos referimos al de la viuda Jimena, la cual por ser constante y consecuente en sus planes de venganza llega á extremos que ya el público no puede tolerar. Escenas y situaciones de interés no faltan, pero á veces quedan deslucidas por inexplicables salidas de los interlocutores. Finalmente la versificación es rotunda y levantada casi siempre, sin embargo de no ser á veces depurada y correcta. En ella sobresalen rasgos brillantes y felices, como por ejemplo una redondilla, que sentimos no recordar, en la cual Bermudo que ya ha recibido el orden sagrado del diaconado dice que no puede ceñir corona de rey por no colocar la de la tierra sobre la de Dios.

En resumen: *Doble corona* es un drama que honra á su autor en atencion á que revela en él la elevacion de pensamientos literarios y artísticos, por lo cual merece aplauso; pero cuyas naturales dificultades han sido superiores á la voluntad del escritor, por lo cual si no elogio mereca benevolencia.

La ejecucion de este drama ha sido poco acertada, si bien no era de extrañar la poca seguridad de los actores que observaban la frialdad del público. La Sra. Lamadrid figuró

en primera línea en su escabroso papel de Jimena. La señora Genovés y los Sres. Catalina (D. Manuel), Casañer (beneficiado de la función), Oltra y Pastrana le acompañaron con buen deseo. La falta de tradición y costumbre en la representación de este género de obras, se echa de ver mas y mas cada día en nuestros actores, solamente habitados en lo general á la comedia de costumbres.

Segun voz pública muy corriente, la empresa dirigida por el Sr. Catalina concluye en el carnaval próximo, debiendo reanudar las representaciones otra compañía que se está formando por un nuevo empresario, el Sr. Gaztambi-

de. Ya comunicaremos á las aficionadas lectoras las noticias que lleguen á nuestro conocimiento.

NOVEDADES ha acogido en su seno otra compañía formada por varios de los actores que últimamente se hallaban en el PRÍNCIPE. La primera obra con que van á inaugurar sus trabajos es una comedia de magia, titulada *La espada de Satanás*. Veremos el resultado. Anuncios llamativos y grandes carteles no han faltado: los periódicos y las esquinas dan de ello testimonio. Falta saber si el éxito corresponderá á las esperanzas.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

CANASTILLA DE TOCADOR.

El capricho que hoy ofrecemos á nuestras lectoras, constituye una linda *canastilla de tocador*, adornada con coquetería y destinada á contener los distintos objetos que son de uso indispensable para la *toilette* de una dama. El modelo núm. 2 presenta desnuda la canastilla de mimbres, con cuatro asas. El núm. 4 la presenta vestida de todos sus adornos y cerrada: adórnase con dos guarniciones, lisa la primera, y cortada á picos y mas estrecha la segunda, de muselina moteada, con viso azul, ó sean dobles guarniciones de este color debajo de la de muselina. Un pequeño fleco de madroños azules orilla los bordes de las guarniciones, así como cada una de las separaciones que lleva dentro la canastilla, vestidas tambien de seda y muselina. Las asas se

rodean de cinta azul, terminada por un pequeño lazo en cada extremo, y ya solo falta forrar un carton de la misma forma que la canastilla, con seda y muselina, guarnecerla del mismo fleco, y hacer de él la tapa de la canastilla.

El núm. 3 muestra ésta abierta y llena ya de los objetos que ha de contener, y en ella se ven frascos, tarros de pomada, caja de peines, cepillos, utensilios de costura, y cuanto necesita tener á mano la mujer de buen gusto y de orden en su casa. Este lindo juguete es al mismo tiempo un caprichoso regalo para que figure en el tocador de una amiga de nuestro cariño. Si se prefiere, puede sustituirse la muselina por seda, y el fleco por rizados de cinta, aunque no tendrá la frescura y gracia que haciéndola por nuestra exacta esplicacion.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 840.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tul y glasé blanco, con adornos de seda verde y flores margaritas.

Falda de tul, que deja ver el pié por delante, y se prolonga en estensa cola, terminada por tres grandes bullones alrededor. *Sobrefalda* abierta por los costados, desde la cintura, que redondea por delante y por detrás, de glasé blanco, orillada de un biés de seda verde sembrado de margaritas: bieses semejantes con flores unen en presillas las dos partes de la sobrefalda.

Cuerpo escotado, con biés de seda y flores alrededor del escote, y manga corta de bullon sembrada de margaritas. *Cinturon* verde.

Peinado de bandós rizados, y sobre ellos cordon de margaritas, cuyo adorno se repite alrededor de la castaña, alta, y sobre ésta abrazándola en sentido vertical, con bucles á su pié.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de grós-grain negro, adornado de marta, y vivos de seda blanca.

Falda primera, larga, de seda negra, orillada por una ancha tira de terciopelo.

Vestido-sotana, abierta del escote en V, con manga justa: el paño de adelante va cortado en almenas y ribeteado de blanco, bajando una tira de piel de marta desde el hombro abriendo en delantal, y continuándose al canto de la falda, que deja ver todo el terciopelo de la interior: un vivo blanco adorna la falda sobre la marta, y botones blancos por delante y en la manga la completan.

Sombrero, birrete de terciopelo grosella, guarnecido de marta con bridas de terciopelo, sujetas debajo de la barba con una joya.

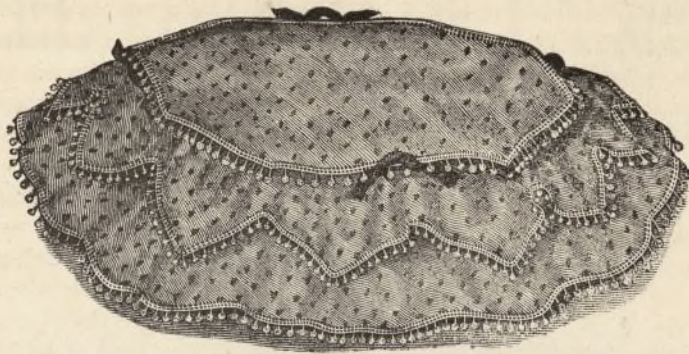
AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

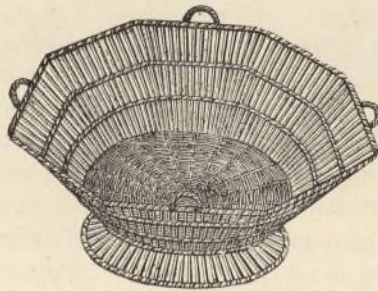
MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

1



2



3

